

cio de una tempestad... En tales momentos, el autor de este libro quiere, medio por grado, medio por fuerza, haber estado testigo en Europa, contemplando desde tan lejos el desarrollo de aquella forma de gobierno republicano, luego a la capital de México, como si la muerte que desde las primeras escenas, le había lanzado a suelo extranjero, se convirtiese en un comensal a la manijera del desierto con el placer de presenciar el digno desempeño de tan inmundicia larva en medio del desarrollo del tablado escénico y de la recatada de todo un pueblo espectador... Pero qué elementos salvadores había en ese pueblo? ¿de qué fuerzas disponía para conjurar la ruina nacional, en una lucha inerte contra la tiranía azteca?... Los sucesos vertidos en México en la última primavera de Noviembre de 1854 iban a responder a esas interrogaciones. El autor no tenía más que abrir los ojos y observar. He aquí, en el capítulo que sigue lo que observó; he aquí lo que

observó. Mucho menos. Tres años y once meses de exilio forzoso a la consigna lo aguardaban en el mismo mes del mismo año presidencial. Particularmente los diputados del Congreso Central de Isthmo le aguardaban una gran consigna. La consigna ya no iba a ser LA SALVACION SUPREMA.

CAPITULO X.

LA SALVACION SUPREMA.

I.

Lo que habia por dentro.

Se contaba con que las Cámaras aprobarían el contrato relativo al pago de la deuda. ¿Lo dudábamos los mexicanos?—Ciertamente que no: conocíamos *nuestras cosas*, sabíamos lo que era y lo que pesaba nuestro sistema parlamentario... ¿Lo dudaban los tenedores extranjeros?—Tampoco, y ni siquiera se les había ocurrido considerar a nuestras Cámaras como un obstáculo probable. Ellos habían interrogado: "¿lo quiere Gonzalez?" "¿lo quiere el General Diaz?"—y nada más. Conocían también *nuestras cosas*, y una respuesta afirmativa a aquellas preguntas les dejaba perfectamente tranquilos... ¿Lo dudaba Manuel Gon-

zalez?—Mucho ménos. Tres años y once meses de rendido vasallaje á la consigna le aseguraban verosimilmente contra una infidelidad en el último mes del último año presidencial. Particularmente, los diputados del parlamento teatral de Iturbide le inspiraban una gran confianza. La consigna ya no iba á ellos; ellos iban á la consigna. Apenas asomaba las orejas en el hemiciclo ó en la plataforma alguna de las célebres *mulas de nuestro Amo* cuando se les veía acudir en grupos hácia ella. «¿Cómo está el rey?» «¿Qué quiere el rey?» exclamaban atropellándose por estrechar la mano del hombre-mula y oír su respuesta. *El rey* era un nombre de broma dado por ellos en serio á Manuel González. Este lo sabía y aceptaba aquel sobriquete como la expresion humorística de un vasallaje verdadero. En cambio, decía él de ellos «mis diputados», y para recrearse con la evidencia de su adhesion, les mandaba venir á entrevistas íntimas que se terminaban en un parpadeo de ojos: «¿Cuento con vd.?»—«¿Cómo no?...!» Algo se susurraba de un movimiento de oposicion parlamentaria que se operaria del impulso de un exiguo grupo de diputados patriotas. Pero eso ser-

viria para forjar un cierto aparato de debate que no iria más allá de límites prudentes. Manuel Gonzalez confiaba en su inmensa mayoría como Hércules en su maza para aplastar las pequeñas disidencias.... Se procederia por festinaciones: en una semana saldria el contrato de la deuda aprobado por la Cámara de diputados; en otra por la de senadores y.... ¡negocio hecho! Manuel Gonzalez marcharia adelante, cargado con los millones que quisiese tomar del *exceso*, y la patria se quedaria atras á pagar los 86 millones de la deuda. Eso iba á suceder, tenia que suceder en el órden regular de las cosas. Dentro de los horizontes de la política no habia ni se esperaba algun elemento salvador. El General Diaz seguia inmóvil y silencioso como una esfinge en monolito. Un grupo de diez ó doce diputados al organizarse para escaramuzas de oposicion á la hora del debate, parecian estar organizando su impotencia.... El elemento salvador en caso de existir, tendria que surgir no en la política, sino fuera de ella.... ¿Podria surgir?...!

II.

Lo que había por fuera.

Fuera de la política estaba la masa heterogénea de nuestro pueblo. La población indígena encerrada en su inercia, la población rica en sus dos ramas, la aristocrática y la burguesa, encerrada en su apatía y en su egoísmo, agena á la nación y á los intereses de la patria. . . . No saldría de ellas esfuerzo alguno. . . . ¿Saldría de la gran clase burocrática, condenada á girar en torno al pivote de la cosa pública, sujeta á él por la cadena de los empleos?—Eso hubiera sido lo natural: que el empuje saliese de la clase más directamente oprimida; que los tres mil empleados del Palacio Nacional, los centenares del de Justicia, los innumerables de las oficinas federales de la República, todos sin sueldo desde ocho meses atras, todos palideciendo de hambre, clavando los codos roídos sobre

los pupitres en ademanes de desesperación, todos llevando tanto tiempo á la oficina el "no hay pan" del hogar y al hogar el "no hay quincena" de la oficina, maldiciendo á Manuel Gonzalez y á su Gobierno de lo más hondo de su alma, viendo en las grandes propiedades de aquel la representación palpable de la insolvencia de sus sueldos pasados, y en el contrato de la deuda la representación de la insolvencia de sus sueldos futuros. . . . que ellos fuesen el levantamiento, el motin, siquiera el grito de protesta ó el aliento de indignación. . . . ¿qué cosa, en efecto, más natural? . . . Y sin embargo, de allí, como de la población indígena y la rentista, no saldría nada, ningún factor apreciable para resolver en sentido salvador el terrible problema del momento. El empleado, que en otros países es un ciudadano á medias, en México es la negación del ciudadano. Su energía civil se ha perdido en el empleo como el vigor del parásito en la rama. Ya no tiene vida sino para vivir de la quincena. Fuera de ella no concibe cómo pueda resolverse la cuestión de su existencia, y por eso se ase al empleo como el náufrago á la roca. Concibe que si lo pierde se hunde en las profundidades sociales. Irá

á barrer las calles ó á fregar el pavimento de una fonda, porque no encuentra á sus aptitudes otro recurso que el supremo de un trabajo mecánico. No sabe más que escribir minutas, hacer ó copiar comunicaciones y firmar la *nómina*; no sabe más que ser empleado. . . . Un hombre así será útil para muchas cosas, ménos para reclamar un derecho público, ménos para hacer sentir al mal gobernante su accion ó su voz de protexta. Patria, intereses comunes, derechos de ciudadano y de hombre, todo, hasta el pago regular de sus sueldos, lo subordina el empleado á la conservacion de su empleo. . . . No le pagan una quincena, dos, tres, todas las de ocho meses. . . . ¿y qué? ¿conspirar? ¿coligarse con la oposicion de unos cuantos raros patriotas? Eso seria arresgar el empleo, y el empleo puede no ser el pan de hoy, pero es el pan de mañana. Se comerá los puños de la camisa mientras llega ese mañana, se comerá á sus hijos mismos como Ugolino; pero no más. . . . A lo sumo consentirá en asociarse á sus compañeros de oficina y de hambre para hacer ante el gobernante una *representacion*, como la hicieron los empleados del Palacio de Justicia ante Manuel Gonzalez:—"Somos

padres de familia; no tenemos otro recurso para vivir que nuestros sueldos que se nos están debiendo hace diez meses. ¿Quiere vd. hacer que se nos pague, aunque sea una mínima parte?—No hay dinero.—Pero. . . . Señor!!—Nada, nada. . . . Lo que pueden ustedes hacer es renunciar los empleos. . . . Y nadie renunció, nadie murmuró siquiera lo que estaba en su conciencia: "nuestros sueldos los tienen vd. y sus favoritos, en casas y haciendas. . . . Tal clase de hombres tiene en casos dados el heroísmo del sufrimiento, pero jamás el de la accion.

Era éste el que entónces se necesitaba. ¿Lo tendria la clase militar, el ejército hambriento sometido igualmente á la dieta Tanner? Habia un batallon de guarnicion en Soconusco que, en todo el mes de Julio de 84, debiendo recibir \$ 8,000, no recibió más que 25! El batallon se echó á dormir sobre sus armas el sueño del hambre. Nuestro soldado, máquina de combate, traída de aquí para allá, de bandera á bandera, durante medio siglo, seguia siendo el hombre de siempre dispuesto á ser arrastrado al matadero por el primer jefe que gritara: ¡viva. . . . cualquier cosa! Si les hubiesen lla-

mado á pronúnciarse, se habrían pronunciado; pero faltaban jefes impulsores, faltaban los mozos de cuerda que levantasen y pusiesen en movimiento esa carne de cañon. Nuestros mil y un generales sufrían la reaccion de nuestros mil y un pronunciamientos y habían ido de la extrema agitacion á la extrema impasibilidad. . . . El ejército era Aquiles. . . . ¿en la tienda?—Mucho más allá: en la tras-tienda!

Un pueblo como ese estaba perdido, un negocio como ese estaba ganado. Ni dentro de la política ni fuera de ella, tendiendo la vista por toda la superficie total se veía elemento alguno salvador. . . . En tal situacion el espíritu del observador patriota, como el marino náufrago que no ve asomar ni mástil, ni vela, ni penacho de humo en toda la extension perceptible del mar, se volvia en su desesperacion, á lo profundo del mar mismo, á las capas sociales escondidas bajo la costra pelada y dura, como si fiase á un socorro prodigioso la salvacion que no le era dado esperar de los recursos naturales. Y se puso á sondear. . . .

III. Lo que había debajo.

Bajo la política, bajo la masa general donde no se manifiestan más que las clases más activas y las grandes porciones de pueblo, se agitaban esos componentes secundarios que los Gobiernos no ven ó apenas ven al soslayo, clases que el padron oficial no determina, que la Estadística pierde de vista en sus abstracciones, gente sin lugar propio en el rol político, los pasivos, los pequeños, los débiles, el público que no vale la pena de que un ministro pregunte: "¿contamos con él? . . . El elemento femenino y el elemento jóven entraban en buena parte á formar esa clase. La mujer mexicana venia siendo atraída á una participacion indirecta, más y más sensibles, en los asuntos públicos. Ella había sufrido en calidad de comerciante

al menudeo ó de obrera ó de administradora doméstica, los efectos de la crisis monetaria de niquel. Ella sufría el saqueo del Tesoro y la consiguiente suspensión de sueldos, en la fracción de las pensionistas y en la gran clase de las esposas ó hijas de los empleados. Las pensionistas obligadas por la miseria á malbaratar su *papel* de sueldos rezagados vendiéndolo al 5 y al 6 por ciento á los D. García que, casi ante su vista, se lo hacían pagar por el Tesoro *á la par*, eran para el Gobierno las comadres, no *alegres* como las de Windsor, sino fastidiadas, lo que era peor. Ellas cuchicheaban maldiciones por los corredores de Palacio, las parloteaban por calles y plazas, las declamaban en las casas de vecindad. Fomentaban con sus lenguas el apodo del personaje odiado, llamaban á Manuel Gonzalez *quince uñas*, al ministro de la Peña, el *hombre austero y sencillo*, al tesorero Lopez de Lara *lo pelara*, y el apodo no será la bala en las luchas políticas, pero es el cohete rastrero (*buscapies*) que inquieta y descompone las filas hacia que va dirigido. Ellas llevaban en los dedos la cuenta de las casas de Ramon Fernandez y de las Mesalinas de Manuel Gonzalez, y disparaban con

tra ellos el dicharacho. Veían pasar al ministro Diez Gutierrez cabalgando en su gigantesco *tordillo* é inventaban ó recogían una redondilla maliciosa:

¡Qué decepciones tan rudas!

¡Por qué engordas, patria cruel,

Las ancas de ese corcel

Con la sangre de las viudas?....

La mujer del empleado, sufriendo como él, sintiendo más que él y calculando menos, era como la válvula abierta de su resignación. Ella que veía el moviliario de su casa, sus alhajas, sus trajes, todo, ir desapareciendo lentamente camino de la *casa de empeño*, no discutía con sus sufrimientos ni hallaba las conveniencias de disimular el mal presente en gracia de una transacción con la maldad del poderoso, que no comprendía. Este, el Gobierno y sus principales cabezas se le ofrecían á su imaginación como los autores inmediatos de tanto despojo. Ellos se llevaban sus muebles, sus vestidos y sus joyas, le arrebatában el *gasto* diario, estaban meditando echarla á la calle.... Llena de

esos sentimientos, hacia sin pensar en ello, la más activa propaganda revolucionaria en el seno de la amistad y de la familia. Catilina con faldas, el hogar era su Aventino y su campo Marcio. Allí pronunciaba sus discursos incendiarios encerrados en conversaciones familiares, exclamaciones, sátiras, gemidos dejados escapar entre las angustias de la escasez; comunicaba su indignación á sus hijos, á sus criados, á sus visitas; hacia una propaganda revolucionaria que el gendarme no podía detener, oculta y fatal como la expansion de la mancha de aceite.

El elemento joven obraba y se hacia sentir principalmente por los estudiantes de la Escuela Preparatoria y de algunas profesionales. Un movimiento nuevo se habia venido determinando en los últimos años, en su organizacion, en su actitud y en sus manifestaciones. Se organizaban en *congresos*, se declaraban en tal ó cual sentido filosófico ó político y prestaban el concurso de sus filas animadas, de sus asambleas y sus discursos en las festividades patrióticas. En un país donde la República está sólo en las letras de su nombre, y la democracia en los artículos de su código fundamen-

tal, el espíritu muerto de la ciudadanía parecia replegarse, en una suprema encarnacion, á las almas de aquel grupo de juventud. Era particularmente en la festividad del 15 y 16 de Setiembre dedicada á conmemorar la revolucion libertadora iniciada por Hidalgo, cuando las escuelas ponian en comunicacion las corrientes del nuevo fluido que las animaba, entremezclaban sus entusiasmos, desfilaban por las calles principales de la capital fundidas en compacta columna, símbolo de la fusion de sus espíritus que se exhalaban en aclamaciones á la libertad y á la patria, é iban á recogerse como en un templo en el recinto de un salon ó de un teatro, preparados para sesion patriótica en que cada escuela tenia su voz en la alocucion de su orador, su voto de entusiasmo en las palmadas y los vítores de todos sus alumnos asistentes. . . . El 15 de Setiembre de 83, la manifestacion escolar coincidiendo con el público desprecio, sentimiento ya despertado en contra de la fraccion gonzalista, respondió á él, y la manifestacion fué despreciativa para el Gobierno que pretendió indirectamente, sin conseguirlo, que la columna de estudiantes desfilase frente al Palacio. En el mis-